

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

La Construcción de Valores en los Jóvenes Estudiantes de un Liceo Urbano Popular.

Jenny Assaél. y Ana María Cerda.

Cita:

Jenny Assaél. y Ana María Cerda. (1998). *La Construcción de Valores en los Jóvenes Estudiantes de un Liceo Urbano Popular. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/76>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/vqS>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La Construcción de Valores en los Jóvenes Estudiantes de un Liceo Urbano Popular..

Jenny Assaél, Ana María Cerda*

Esta ponencia presenta algunos hallazgos de un estudio etnográfico que busca dar cuenta de los contenidos valóricos y normativos que los jóvenes de sectores populares construyen y ponen en juego en el espacio escolar.

La tarea no es fácil, toda vez que nos exige ubicarnos en un medio complejo -escolar al mismo tiempo que urbano y "marginal"- para ofrecer una mirada que trascienda las categorías simplificadoras y las estigmatizaciones recurrentes que tantas veces pesan sobre los sujetos juveniles. Al mismo tiempo, centrar la mirada en las percepciones e interpretaciones de los jóvenes estudiantes, nos implica establecer un vínculo especial con el Liceo, manejando simultáneamente los códigos de la institución y la desconfianza que los alumnos sienten hacia ésta.

Por su lado, la tradición etnográfica escolar no facilita las cosas. Hemos acostumbrado el ojo a ver las regularidades presentes en la institución. Allí están -una vez más, pensamos- los jumper azul marino, las corbatas, las insignias gastadas, los pantalones grises, los zapatos negros con suela de goma. Allí están, idénticos a sí mismos -clonados- los libros de clases, las campanas puntuales, las filas, los cuadernos, las mesas, las sillas, horarios y calendarios.

Afortunadamente, la presencia constante nos va permitiendo, poco a poco, traspasar la superficie del liceo para centrar la atención en lo subyacente, en aquellas señales antes juzgadas intrascendentes y en realidad cargadas de significados. Resulta ser ahí donde los rasgos identitarios propiamente juveniles son posibles de ser leídos.

Lo de siempre adquiere nuevos significados. Ya no vemos

los uniformes. Nos interesan más las poleras que, bajo las camisas celestes, anuncian la presencia de un bullanguero, un thrash incondicional de Sepultura, un admirador del Che Guevara, de Salas o de Jim Morrison. La constatación de que la institución escolar ha tenido éxito en homogeneizar la "presentación personal", arrasando con aros y moños, cede ante la elocuencia de los agujeros vacíos en las orejas que delatan los aros retirados velozmente en el portón de entrada: en los bolsillos esperarán que sean las cuatro de la tarde para volver a adornar su lugar de origen. El cabello de los hombres no es únicamente corto-reglamentario. Más allá de eso, juega al borde del abismo, a milímetros del cuello de la camisa: la normativa escolar respecto al largo del pelo ha impuesto una moda en sectores populares, al filo de lo permitido, pero dejando suficientemente claro qué es lo deseado por los alumnos. Los cuadernos no son únicamente los papiros en que los alumnos copian los dictados de un profesor agotado, son también las portadas de Spice Girls o Di Caprio y el soporte de cartas en que las alumnas se confiesan y juran amores eternos. En fin, la lista es larga.

Nuestro desafío ha sido desarrollar una nueva forma de mirar. Mirar lo que ellos miran, escuchar lo que ellos escuchan, conversar de lo que ellos conversan, generar confianzas y complicidades, nos fue abriendo progresivamente un espacio cercano a su cotidianeidad, que nos permitió comprender la lectura que los jóvenes hacen de la institución y su experiencia en ella, los contenidos que de allí surgen y cómo son construidos e interpretados por ellos desde sus vivencias inmediatas. Al mismo tiempo, conocer la trama de relaciones cotidianas al interior de los establecimientos nos permitió

**Esta ponencia es parte de la investigación FONDECYT N°1971181 "Contenidos valóricos y normativas que construyen los jóvenes en el espacio escolar: un estudio etnográfico".

*Investigadoras del PIIE

entender cómo la institucionalidad se impone como "cultura oficial", en una relación dialéctica con la cultura que portan los jóvenes, en la que éstos van construyendo espacios de diferenciación, donde emergen, más o menos abiertamente, rasgos de la cultura juvenil.

En esta ponencia vamos a abordar el tipo de relación que desarrollan los alumnos con las autoridades, la diversidad de formas cómo se viven y negocian las normas, los valores y la maneras de relacionarse con el mundo, que se van construyendo en esa relación institucionalidad, normatividad y jóvenes, mediada por el mundo de los docentes.

1. La ausencia de proyecto común y luchas de poder

Los jóvenes son alumnos de un liceo politécnico de una comuna urbano popular de la capital. Es este un establecimiento que, si bien tuvo un pasado glorioso como liceo experimental, que refuerza la idea de haber cumplido con el ideario de ascenso social de sus alumnos, hoy es considerado como un liceo en crisis. De hecho, es catalogado en su comuna, y por diversos actores, como un liceo basurero⁽¹⁾.

Se podría decir que la imagen de un establecimiento en decadencia es lo que lo caracteriza fuertemente: percepciones mutuas de descompromiso; pérdida de sentido y falta de proyecto educativo; normas y roles poco claros y no compartidos, regidos, más bien, por intereses personales; luchas de poder, autoritarismo y arbitrariedad de las normas. Es éste el cotidiano de los jóvenes del liceo.

Sus directivos docentes se autoperceben en una situación de deterioro, donde la escasez de recursos se suma al ingreso de alumnos con mal rendimiento y expulsados de otros establecimientos.

El director opina que la mayoría de los docentes no está comprometido con su tarea pedagógica. Por su parte, los profesores consideran que el director no lleva una buena gestión, con lo cual coinciden los alumnos, quienes lo perciben como descomprometido y, más aún, la mayor parte del tiempo, ausente del establecimiento.

Entre los docentes, que asumen diversos roles, existen rivalidades y grandes pugnas de poder.

Las normas escritas y sancionadas, aparentemente, no

tienen sentido para un gran porcentaje de profesores. Así, sin proyecto común, el cumplimiento de la norma queda al arbitrio e interés de cada docente, construyéndose un espacio institucional cotidiano, en el que coexiste el relajo normativo con el abuso y arbitrariedad del poder.

Conflicto de intereses y negociaciones de poder

En un marco de ausencia de proyecto educativo, de descompromiso y descalificaciones mutuas, las luchas de poder, la arbitrariedad y los diversos tipos de negociaciones se juegan en los microespacios de poder⁽²⁾, evidenciándose, cotidianamente en las relaciones en el establecimiento, de manera transparente para alumnas y alumnos.

La manera en que en un tercer año medio se aborda, desde la perspectiva de los distintos actores, el conflicto de los alumnos con el profesor de religión, es expresión de esta dinámica y de cómo se evidencian estos intereses y sentidos no compartidos entre directivos, docentes y alumnos.

La normativa institucional plantea que los alumnos, a principios de año, se pueden eximir de clase de religión, siempre y cuando tengan una autorización firmada por el apoderado. Los estudiantes de este curso, no habiendo cumplido con este requisito, se resisten a asistir a clases de religión. Usan para ello, como recurso, una alianza con su profesora jefe.

Esta acepta apoyarlos, y como recurso para romper la norma, acude a la autoridad del director, quién la autoriza para decirle a sus alumnos que no asistan a clases. Ella se lo comunica al curso, advirtiéndoles que "si el profesor de religión les pregunta, tienen que decir que ustedes lo pidieron". Por su parte, el profesor de religión descalifica a la profesora jefe y acude al inspector general, quién, sintiéndose el portador de la ley, hace cumplir los reglamentos pasando a llevar la voz del director. Así, finalmente, los alumnos deben asistir a clases.

En este conflicto afloran los intereses particulares, las descoordinaciones entre autoridades y las descalificaciones entre adultos, más que una real preocupación por los aprendizajes de los alumnos. Cada uno busca sus aliados para el logro de sus objetivos.

⁽¹⁾Se denominan "liceos basureros", a aquellos que brindan educación de baja calidad y que en cada comuna tienden a ir recibiendo a los alumnos expulsados de otros establecimientos, ya sea por rendimiento o por problemas de conducta.. Tal denominación dice relación con que "reciben la basura" de la comuna.

⁽²⁾BALL, S.J. La micropolítica en la escuela. Hacia una teoría de la organización escolar. Editorial Paidós, Barcelona, 1987.

En este juego de poderes, los inspectores son los garantes de hacer cumplir la ley y logran imponerla. Los alumnos les tienen entre temor y respeto. De hecho, son ellos los que tienen el rol explícito de velar por el cumplimiento de las normas disciplinarias, para lo cual tienen asignados espacios y cursos, en los que preservan su poder, luchando contra profesores y otros inspectores. La forma en que mantienen su autoridad, es afirmando y defendiendo sus espacios y roles, aparentemente, sin otro sentido que hacer notar sus atribuciones, utilizándolas en forma arbitraria y recurriendo, muchas veces, al castigo.

Si bien los alumnos reconocen el rol de los inspectores, tienen, al mismo tiempo, conciencia de que los docentes se amparan en la figura de los inspectores para mantener el orden y la disciplina escolar cuando lo necesitan, por mucho que en determinadas situaciones intenten diferenciarse de ellos, para acercarse a los alumnos y alumnas.

Entre la amnesia y la inconsistencia, la normatividad pierde importancia

En este espacio educativo, sin proyecto común, regulado más bien por los intereses personales y las luchas e imposiciones de poder, en un contexto de fragmentación de tareas entre profesores e inspectores, la normatividad escolar tiende a cumplirse formalmente, perdiéndose así su sentido formativo. En la práctica cotidiana, esto se traduce en una "amnesia institucional" y en una inconsistencia en la aplicación de las normas.

Como estipulan los reglamentos, frente a ciertas acciones de los alumnos, los docentes dejan constancia en el libro de clases de lo que sucedió y del procedimiento que corresponde seguir. Las amonestaciones y sanciones deben ser asumidas, posteriormente, por los inspectores. Los estudiantes saben que el libro de clases⁽³⁾ es un medio de comunicación entre docentes y el principal instrumento que tienen para recordar sus tareas o aspectos pendientes. Y saben, también, que la amnesia existe. Por ello, los estudiantes suelen interceptar los

libros de clases, anulando todo registro y, en la medida que lo no documentado deja de existir, desaparecen las faltas de los alumnos y las sanciones correspondientes. La "amnesia" de inspectores y profesores opera incluso en los casos más serios: la llamada "fuga"; término que apela a un concepto jurídico-carcelario, para connotar la gravedad que significa el que los alumnos se escapen del establecimiento durante las horas de clases, por lo que los apoderados deben ser, obligatoriamente, citados al liceo. Los alumnos tienen claridad acerca de esta "amnesia" de las autoridades y, por tanto, se dan cuenta que las normas no tienen sentido, y que pueden arriesgarse a romper la norma, esperando esta amnesia. Este sin sentido de la norma se va construyendo, también, frente a la inconsistencia y arbitrariedad con las que se aplican algunas de ellas. Los alumnos perciben que, en determinados momentos, se exige una cosa; en otros, la misma situación no tiene importancia. También, que las normas no se exigen a todos por igual. A su vez, perciben que los discursos que elaboran las autoridades para dar sentido a lo que exigen son contradictorios.

Por tanto, pareciera que las normas no son tan relevantes en términos del sentido pedagógico que éstas pudieran tener sino que constituyen, más bien, una herramienta para sancionar a los que no cumplen las expectativas de lo que cada docente considera es ser buen alumno. Lo que los estudiantes cuestionan no es la existencia de dichas normas. Su reclamo dice relación con la inconsistencia y arbitrariedad en la aplicación de las mismas, porque para ellos significa discriminación. Más aún, esto viola el valor de la justicia, lo que les provoca indignación.

En este espacio, un tanto anómico, los alumnos van aprendiendo distintas formas de relacionarse con el poder y la autoridad así como desarrollando variadas estrategias para burlar la ley y mantenerse, de la mejor manera posible, en el sistema. En este proceso, y en las relaciones con sus pares y con los adultos, los jóvenes van, al mismo tiempo, construyendo su propio mundo valórico, en una tensión permanente de aceptación, rechazo y rebeldía frente a los valores que perciben rigen el mundo institucional del liceo.⁽⁴⁾

⁽³⁾El libro de clases es el documento oficial que existe en cada curso para registrar el rendimiento académico, la conducta de los alumnos, la asistencia a clases y la planificación y ejecución de los programas de estudio de cada asignatura.

⁽⁴⁾Concordamos con los planteamientos de Dubet, F y Martucelli, D. acerca de que las fricciones y relaciones entre profesores y alumnos, o dicho de otro modo entre subcultura adolescente y normas escolares, no son una guerra sino que constituyen una tensión entre dos polos, donde ambos grupos son canales de un proceso psicológico de identificación en la construcción de sujeto de cada uno de los alumnos. Es por ello que los alumnos necesitan de una normatividad clara y de autoridades que sean respetadas por los jóvenes para poder identificarse con el mundo adulto y que los ayude a constituirse como sujetos sociales autónomos en este proceso de rebelión e identificación. Ver en "À l'école, sociologie de l'expérience scolaire" Editions du Seuil, París, 1996

2. Estrategias para evitar el conflicto con la autoridad y la sobrevivencia en el liceo

En un contexto educativo sin sentido, donde lo que se vive, cotidianamente, es la lucha de poder y el conflicto de intereses, lo más relevante para los estudiantes son las relaciones con su grupo de pares así como sobrevivir en el liceo, porque el hecho de ser alumno les significa sostener un rol y una valoración social que no tienen aquellos jóvenes que han desertado del sistema escolar y se encuentran cesantes.

Hablamos de sobrevivencia porque en el imaginario de una gran cantidad de jóvenes la posibilidad de expulsión está presente. Para ellos, el objetivo es resistir, incluso aquellas experiencias que consideran negativas, como son el abuso de poder y la humillación, en vistas a obtener su certificación de egreso.

De hecho, los alumnos, frente al poder y arbitrariedad, no se sienten reconocidos como sujetos de derecho. Perciben, en las relaciones cotidianas, que van desde gritos a humillaciones públicas, el abuso de autoridad. Para los jóvenes, algunos adultos y especialmente los inspectores, como dicen ellos: "actúan como si fueran grandes dioses" y están preocupados de mostrar su superioridad "cómo te vai a poner a la altura de ellos". Sienten que cuando los inspectores los retan "no pueden hablar como personas, tienen que siempre gritar".

Sienten, también, que cuando quieren expresar su visión acerca de lo que piensan no son escuchados: "De expresar lo que tú querís también, pos, o sea es que aquí no tenís pies ni voz, o sea no podís reclamar por lo que tu querís porque al tiro los viejos te tratan así como revolucionario"; "Y también que tú no soy nadie acá que pa'hacer, que para exigir"; "Y si uno les dice, les responde algo, ahí queda la embarrá. Que uno les falta el respeto". Pero, al parecer, para los alumnos las situaciones de mayor indefensión dicen relación con aquellas en las que se sienten humillados por la autoridad, como es el caso de la utilización del castigo público frente al grupo de

pares, frecuentemente utilizado como acto ejemplar para enseñar a los demás o como un castigo que les duela para que no repitan las mismas actitudes. Los alumnos viven este abuso de autoridad con una suerte de resignación ante la impotencia frente a este poder.

Este trato diario, los va insegurizando como personas y sienten que les es difícil aprender a desenvolverse socialmente y a no inhibirse frente a los otros. Esto lo expresan de diferentes maneras: "Igual...uno como que se corta cuando llega otra gente, se queda callao, no halla que hacer"; "Deberían darte más confianza".

En este marco de relaciones, los alumnos desarrollan diversas estrategias para sobrevivir en el liceo, resguardar su subjetividad⁽⁵⁾, mantener ciertos espacios propios, saltarse ciertas normas y evadir el control, de manera de evitar el conflicto con la autoridad. Las maneras de enfrentar la vida diaria del liceo refuerza ciertas actitudes en sus relaciones con los otros y van favoreciendo la construcción de determinados valores, significativos en su formación.

El aprender a "ser pillos"

El aprender a ser "pillos" permite a los estudiantes hacer lo que ellos desean, sin someterse ni ser descubiertos, desarrollando diversas estrategias. Es así como una práctica común utilizada por ellos es el camuflaje, como forma de evadir el control, de no ser sancionados y de no tener conflictos cuando no cumplen ciertas normas, especialmente de presentación personal. También, conscientes de la "amnesia institucional" tienen claridad de que, sin estudiar y sin aprender, pueden tener buenas calificaciones porque las pueden cambiar en el libro de clases, lo que les permitirá egresar del liceo

La utilización

de diversas formas de poder

Los alumnos también aprenden que si cuentan con algún tipo de influencias, como ciertos contactos con autoridades o el apoyo irrestricto de sus apoderados, difícilmente serán sometidos a la arbitrariedad que viven sus otros compañeros. De este modo, aprenden a utilizar

⁽⁵⁾Los mismos autores ya citados, Dubet y Martucelli nos ayudan a comprender la complejidad que cómo el adolescente y más específicamente los estudiantes viven la experiencia escolar. Plantean que los adolescentes para resguardar su subjetividad construyen sus interacciones sociales con la ayuda de una máscara. Esta máscara no es mentirosa sino una imagen de sí instrumentalizada para el otro. Los escolares no usan una máscara para manipular y trampear al otro, sino para preservar la subjetividad permanentemente amenazada. Con la máscara se trata de ser falso para poder ser auténtico. De este modo, la simulación sería el corazón de la sociabilidad de los adolescentes porque les permitiría, paradójicamente, construir una relación auténtica con ellos mismos, lo que se lograría desarrollando una distancia para ocultar toda la emocionalidad que está presente en su relación con los adultos y los pares, permitiéndoles ser menos vulnerables.

diversas formas de poder para evitar ser sancionados por el incumplimiento de normas.

Una de ellas es el asumir ciertos roles institucionales, ya sea en el centro de alumnos o participando en organizaciones estudiantiles oficiales, lo que les permite algunas licencias en relación a los demás compañeros. Es así como Hugo relata que un día venía atrasado, lo paró el inspector y le dijo "venía del INJ (Instituto Nacional de la Juventud), así que me dejó pasar". De este modo, logró no ser castigado por el incumplimiento de una norma.

Los contactos con instancias superiores también son percibidos, por alumnos y apoderados, como un importante recurso para aplacar la arbitrariedad. Así, por ejemplo, aquellos alumnos que tienen conocidos en la municipalidad, organismo empleador de inspectores y profesores, sienten cierta inmunidad y reciben un trato diferente de aquel que tienen aquellos compañeros que no cuentan con esa herramienta de poder, que son la mayoría.

Los estudiantes señalan que otra forma de manejo y control sobre el poder de la autoridad es el "comprar" a ciertos inspectores o profesores, como es el ejemplo de un alumno que durante un año no tuvo problemas porque como señala él mismo: "El inspector del curso del año pasado, yo le traía perfumes de donde mi tía, así que podía hacer lo que quería".

Es común, también, que los alumnos se sientan forzados a conseguir la alianza con algún profesor, para que los protejan y los defiendan, lo que aminora la posibilidad de sanción o expulsión, siendo así la búsqueda de un padrino, una estrategia clave para defenderse.

Frente a este clima de convivencia, donde parte del mundo de los adultos no se caracteriza por su consistencia, los alumnos van experimentando y ejerciendo diversas formas de relacionarse con el poder para lograr lo que quieren, preparándose para actuar de la misma forma en la sociedad.

La solidaridad entre pares

Los estudiantes también van construyendo formas de protegerse entre ellos. Frente a sanciones que consideran injustas, protegen al supuesto culpable. En este sentido, los jóvenes aprenden a evaluar dichas situaciones y a actuar en consecuencia, defendiendo a sus compañeros, aún cuando ello les signifique asumir riesgos, como el de ser acusados injustamente y entrar a la lista de los "etiquetados".

Así, la solidaridad se transforma en una herramienta importante para combatir las arbitrariedades del poder

de los docentes, especialmente, frente a las situaciones de mayor riesgo para alguno de los alumnos. En esta estrategia de sobrevivencia, se va construyendo, en el grupo de pares, el valor de proteger a los iguales y de desarrollar la solidaridad.

Es importante mencionar que estas actitudes se diferencian entre los jóvenes. Están aquellos que acatan todo lo que plantean las autoridades y tienen un rol pasivo, que prefieren no meterse en problemas porque su objetivo prioritario es el estudio y salir lo antes posible del liceo, para lo cual cuidan su imagen y se quedan callados frente a las injusticias, si bien valoran a aquellos que defienden sus ideas, se rebelan o tienen conductas solidarias con otros compañeros. En el otro extremo, hay alumnos que se rebelan abiertamente frente a la arbitrariedad, que no aceptan la injusticia y están dispuestos a defenderse así como a asumir, también, la defensa de sus compañeros. Consideran que la permanencia en la escuela no puede ser a costa de "agachar el moño", aunque su interés, al igual que el de los otros alumnos, es poder egresar del liceo.

La rebeldía y valentía para detener la arbitrariedad hacen peligrar la supervivencia en el liceo

Los jóvenes perciben que la valentía y una cierta rebeldía para enfrentarse a las prácticas arbitrarias de los profesores, pone en peligro su sobrevivencia en el liceo. Se sienten más vulnerables ya que algunos docentes y, sobre todo los inspectores, los consideran un potencial peligro porque pueden menoscabar el ejercicio arbitrario de poder que ejercen. Por ello, si bien los estudiantes menos sumisos y que defienden sus derechos tienen más posibilidades de constituirse en sujetos de derecho, al mismo tiempo, corren el riesgo de dejar de ser alumnos. En este sentido, podría pensarse que los estudiantes de sector popular que viven una experiencia cotidiana de violencia en el liceo, experimentan una tensión permanente entre resguardar y construir su propia subjetividad y, a la vez, incorporarse a los marcos de socialización escolar. A juicio de Dubet y Martucelli, los jóvenes enfrentan esta tensión construyendo sus máscaras de dos maneras, como facetas de un mismo proceso: los payasos y los bufones. Los payasos resisten, denuncian la escuela y todo lo que pasa ahí no tiene sentido para ellos. Su honor es el de no participar ni involucrarse y de rechazar, por principio, como "grandeza" personal, las normas escolares que lo hacen pequeño.

Frente al payaso, el bufón es un verdadero colaborador, en vez de tomar una posición neutra, elige los profesores contra el grupo, elige ser alumno y quedar pequeño.

La hipocresía, una actitud que

asegura la sobrevivencia

En este contexto de poder arbitrario se explica que en el discurso de los alumnos se perciba que la hipocresía es una práctica esencial para su subsistencia, tanto en el liceo como en la sociedad, a pesar de que los pone en contradicción con sus ideales, porque no es un valorpreciado, incluso más, es categóricamente criticado. Así, oscilan entre la búsqueda de una autenticidad imposible y un conformismo social concebido como hipocresía, protegiéndose en sus máscaras.

Los alumnos sienten que es tanta la fuerza con que opera la hipocresía en el sistema, que hay que aprender, de todos modos, a ser hipócrita, para ser aceptados socialmente y no ser discriminados. El resistirse a utilizarla es percibido por ellos como una forma de rebelarse frente al sistema. Sin embargo, sienten que, finalmente, en ocasiones, este tipo de actitud, de todos modos, es necesaria para la sobrevivencia.

Pareciera que la enseñanza internalizada es que si te dedicas a cumplir a cabalidad las normas y no reclamas frente a la arbitrariedad, eres hipócrita, no expresas tus ideas y haces lo que te dicen aunque no estés de acuerdo, es más fácil permanecer en el liceo. Por tanto, la hipocresía, en estas situaciones, más que estar al servicio de la pretensión, está al servicio de la sobrevivencia en el liceo, siendo, más bien, una simulación que preserva al sujeto alumno.

Algunas conclusiones

En este liceo, se evidencia el problema de fondo de la educación de los jóvenes de sectores populares donde el modelo educativo, en el marco de la actual sociedad, está en crisis porque el "valor de lo educativo", se pierde. Lo que sostendría al liceo son las distintas formas en que los actores buscan e intentan "sobrevivir". Sobrevivencia que dice relación con el mantener su identidad en la sociedad, como docente, por una parte; por otra, como joven, de sector marginal, ocupando su espacio como estudiante.

En este contexto, se da una fragmentación del sentido de lo que es el liceo, en la que cada uno lucha por sí mismo, utilizando diversas estrategias y mecanismos en los que priman los valores de competencia, lucha de poder, utilización de influencias, hipocresía, simulación

y arbitrariedades y, por tanto, donde el tema de la convivencia social y la normatividad escolar pierden relevancia.

Pareciera que así como, en general, los alumnos de los liceos son socializados "por el aprendizaje de manejar imágenes de sí", los estudiantes de sectores marginales viven entre el polo del payaso y del bufón, tensión relacionada con factores sociales objetivos que les permite, también, establecer una distancia entre las emociones personales y sus expresiones sociales.

Además, muchos de estos estudiantes se construyen contra la escuela porque la apariencia no es solamente una expresión cristalizada de la máscara, es también un modo de resistencia a las categorías de los juicios escolares.

Si los alumnos en dificultad parecen aplastados por la interiorización de los juicios escolares, aquellos que aparentan más son, también, aquellos que apelando a otros valores y principios, se permiten crecer sobre un registro que escapa a la escuela; son los que encuentran su dignidad donde la escuela se las niega. Estos alumnos no son solamente distantes de la escuela; también la resisten y se forman en esta capacidad de resistencia, más precisamente, en su capacidad de construir su experiencia en esta resistencia. Pero, a la vez, esta resistencia es vana porque termina en la violencia y en el sufrimiento.

Si este análisis no caracteriza a todos los alumnos del sector popular -algunos triunfan, a la mayoría se les abre su imagen del mundo- nadie se libra totalmente de la violencia de una relación con la escuela que no puede descansar en la sola fuerza de la integración normativa y que abre una distancia entre la socialización y la subjetivación que, desgraciadamente, es negada.

En este contexto, apoyar la formación de un joven, capaz de desarrollarse como ciudadano democrático requiere que, en conjunto, docentes y alumnos puedan reconstruir el sentido del liceo así como repensar la normatividad y disciplina que debería regir su quehacer cotidiano y que permita evitar un contexto de violencia con las complejidades que, como hemos intentado analizar, ello implica en el desarrollo de los estudiantes.